

LA INFORMACIÓN ECONÓMICA
EN LA
PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

	Pág.
Preocupación por el plan fiscal de Berlusconi	149
Alemania, farolillo rojo de Europa	150
¿Por qué son federalistas los alemanes?	150
La respuesta a Schröder	151
Jospin ante la propuesta de Schröder	151
Europa recorta los tipos de interés	152
Los tipos de cambio y el crecimiento	152
Eurocrisis	153
¿Stagflation? El caso de Holanda	153
El recorte fiscal de Bush refleja una tendencia global	154
La visión de Jospin de la UE	155
La Europa de Jospin	156
El futuro de la UE: sueños y discordia	156
Europa en <i>The New York Times</i>	157
Euroconfusión	157

Preocupación por el plan fiscal de Berlusconi

(William Drozdiac, en *The Washington Post-Herald Tribune* de 19-20 de mayo)

La victoria de Silvio Berlusconi y su coalición conservadora en los comicios italianos puede representar el mayor reto, hasta el presente, para el joven euro. Esto es lo que piensan muchos políticos de la Unión Europea.

Berlusconi, un poderoso empresario de los medios de difusión, ha prometido llevar a cabo unos substanciales recortes fiscales, susceptibles de violar los estrictos límites sobre la deuda y el déficit que se consideran necesarios para mantener a las doce economías de la eurozona en un mismo camino.

Cuando muchos políticos de Europa se sienten inquietos por los puntos de vista antiinmigratorios de Umberto Bossi, el aliado derechista de Berlusconi, los economistas dicen que están mucho más preocupados por el programa económico de éste, que podría conducir al euro a una crisis de gran magnitud, según ha dicho un alto cargo de la UE.

Para garantizar que las 12 economías fueran compatibles con los intereses comunes y con los tipos de cambio, los gobiernos que han empezado a convertir sus monedas nacionales en euros establecieron criterios estrictos de política fiscal. Por ejemplo, acordaron que la deuda pública de cada país no excedería del 60 por 100 de su producto interno, y que sus déficit presupuestarios no superarían el 3 por 100 del PIB.

Violar tales normas fue considerado como una transgresión grave. Si un país generaba una elevada inflación, podría dar lugar, lógicamente, a unos tipos de interés y de cambio que perjudicarían a otros países del bloque que hubieran mantenido una actitud más austera. De ahí que, para mantenerlo en línea, los mismos países establecieron un sistema de multas que podrían alcanzar hasta el 1 por 100 del PIB.

Bajo su programa –que, según admite el propio Berlusconi, está inspirado por el programa del presidente Reagan– Italia se lanzaría a una revolución de lado de la oferta, que reduciría los impuestos sobre la renta y sobre sociedades por un importe de 30 mm. de dólares, a la vez que reduciría el papel del Estado en la economía.

La magnitud del gasto y de las reducciones fiscales sería algo sin precedentes en Europa continental, y todavía mayor de lo que Margaret Thatcher consiguió realizar en Gran Bretaña en los años 80.

Los economistas dicen que el plan de Berlusconi produciría un impacto susceptible de mejorar las perspectivas de crecimiento para la séptima economía del mundo, pero podría asimismo rebasar los límites del pacto de estabilización del euro, y dejar a Italia potencialmente obligada a pagar multas por valor de alrededor de 10 mm. de dólares.

El volumen de las multas puede ser decidido por el presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, quien, como primer ministro de Italia, contribuyó a mejorar las finanzas de su país, cosa que, en último término, hizo posible que Italia se calificara para el euro.

Italia es el último ejemplo del reto que significa la creación de cohesión económica entre 12 países diferentes. En vez de fundirse en un conjunto sin fisuras, muchos de ellos presionan en direcciones distintas.

Irlanda fue amonestada por la Comisión, el órgano ejecutivo de la UE, por llevar a cabo recortes fiscales en una fase en que su economía crecía deprisa. Pero, dado que Dublín siguió obteniendo superávit presupuestarios incluso con los recortes, Irlanda no fue sancionada.

Y mientras Francia, España e Irlanda disfrutaban de una expansión, Alemania presenta un enfriamiento. Sus tendencias diferentes han complicado la tarea del Banco Central Europeo, el cual desea recortar los tipos de interés para acelerar el crecimiento en Alemania, pero teme que eso estimule la inflación en otros países.

Ahora aparece con claridad cuán difícil ha de ser para el BCE el establecimiento de una política monetaria para 12 países.

Alemania, farolillo rojo de Europa

(Arnaud Leparmentier, en *Le Monde* de 23 de mayo)

Es la Alemania de las dos caras: en un lado, aquella aparentemente moderna del canciller Gerhard Schroeder, que consigue llevar adelante las reformas que su predecesor, Helmut Kohl, no consiguió imponer: en 1999, el giro hacia el rigor presupuestario; la adopción de la gran reforma fiscal en 2000; la aprobación de los retiros por capitalización en 2001.

Pero al lado de todo ese progreso, que le permite al canciller abordar con serenidad las legislativas de 2002, están las cifras, crueles, que inquietan a los consocios de Alemania: el país será este año el farolillo rojo de la Unión Europea, con un crecimiento del 2 por 100, frente al 3 por 100 en 2000; la inflación, próxima al 3 por 100; el paro, que había bajado en 700.000 personas desde 1997, reanudó el alza desde enero, con lo será difícil que alcance el objetivo establecido por el canciller (3,5 millones de desocupados en 2002). ¿Qué mal tiene Alemania, que las reformas no consiguen di-

namizarla? ¿Está el país condenado a vivir con un crecimiento insuficiente como en los años 90 (1,5 por 100 como media)?

“Las reformas no influyen, a corto plazo, sobre la coyuntura”, dice Gustav-Adolf Horn, economista del Instituto de Economía DIW de Berlín, de tradición keynesiana, que invoca razones coyunturales para explicar la atonía de la economía alemana. Alemania sufre más que sus consocios europeos el choque de la desaceleración norteamericana y mundial.

El crecimiento de 2000 había sido salvado por las exportaciones, dopadas por la debilidad del euro y por los acuerdos salariales moderados que permitieron que la industria alemana recuperara la competitividad. “Las condiciones, en 2000, fueron ideales. Siempre se dijo que esa situación no duraría una eternidad”, añade Horn. En el año 2000 Alemania consiguió cuotas de mercado en el extranjero, pero las ventajas de ayer se convierten en obstáculos: muy exportadora, sobre todo de productos industriales, Alemania es más vulnerable que un país como Francia, más centrada en los servicios y cuyo crecimiento reposa sobre la demanda interior. La vulnerabilidad ante los choques externos es molesta, dada la frecuencia de los mismos. En 1999 fueron las crisis rusa y asiática las que habían roto el crecimiento.

Desde hace tiempo, Alemania espera que el consumo interno sustituya a las exportaciones. El retraso se debe a la política macroeconómica seguida, a juicio de algunos. Así, según Horn, Alemania no se aprovechó, con la marcha hacia el euro, de una tan fuerte reducción de sus tipos de interés como Francia, y sufrió a causa de una política de reducción de los déficit “más agresiva”. Desde hace años, los economistas aconsejan poner en juego los “estabilizadores económicos”, es decir, no distribuir el dinero procedente de superávit en períodos de vacas gordas, pero tampoco decidir nuevas economías en caso de desaceleraciones.

La reforma fiscal, que entró en vigor a principios de 2001 debía estimular el consumo aumentando el poder de compra inmediato de las familias, toda vez que el impuesto sobre la renta se percibe en la base. Pero la inflación se ha llevado el mayor poder de compra de los alemanes, el cual progresó poco a causa de los acuerdos salariales moderados, por lo que apenas subió el consumo.

[...]

¿Por qué son federalistas los alemanes?

(*The Economist*, 5 de mayo)

¿Qué significan para los alemanes las palabras “una Unión Europea más federal”? En países centralizados como Francia y Gran Bretaña, la frase sugiere un superestado que absorbe todavía más poder de sus partes constituyentes. En Alemania, con sus 16 semi-autónomos *Länder* (Estados), sugiere justo lo opuesto: menos centralismo, no más. De hecho, muchos de los *Länder* están preocupados ya por lo que Edmund Stoi-

ber, el primer ministro de Baviera, llama "el creciente centralismo de Bruselas".

La mayoría de los *Länder*, aunque hayan existido en su presente forma sólo desde la Segunda Guerra Mundial, encuentra su origen mucho más atrás en el tiempo. En la Edad Media, lo que hoy es Alemania estaba constituido por numerosos reinos, principados, ciudades y estados. En el momento de la unificación, en 1871, todavía existían unas 25 entidades, cada una de ellas con su propio sistema legal y político.

Hoy cada *Land* tiene su propia Constitución, gobierno y legislación, con amplios poderes, otorgados originariamente por la Ley Básica de la Alemania Occidental de 1949, la cual atribuía a los *Länder* todos los poderes que la propia ley reservaba específicamente al gobierno federal. Cada *Land* escoge su propio sistema escolar y su propio *Abitur*, el examen de fin de los estudios secundarios, clave para la entrada en la universidad. Cada *Land*, por otro lado, establece incluso sus propias fiestas públicas.

Variando sus dimensiones desde la ciudad-estado de Bremen, con 670.000 habitantes, hasta Rhin del Norte-Westfalia, con su población de 18 millones de habitantes (que sería el quinto país de la UE), los *Länder* están representados a nivel nacional por el Bundesrat, la segunda cámara del Parlamento. Sus miembros son designados por los gobiernos de los *Länder*, y aunque los estados más grandes tienen más escaños que los más pequeños, la distribución favorece a estos últimos, y así Bremen (por ejemplo) tiene tres y Rhin del Norte-Westfalia tiene seis. El canciller Gerhard Schröder quiere una segunda cámara similar para la UE en la que estarían representados los gobiernos de los países miembros.

A través del Bundesrat, los *Länder* pueden revisar, enmendar o incluso paralizar la tramitación de la legislación federal que se estime afecte a sus intereses, en especial la legislación sobre materias fiscales [...].

La respuesta a Schröder

(*Le Monde* de 8 de mayo. Editorial)

Alemania no puede convertirse, sola, en el nuevo motor de Europa. Si bien debe saludarse la iniciativa de Gerhard Schröder por haber iniciado competentemente el debate sobre el futuro de la Unión, hace falta ahora que los otros países le respondan. Empezando por Francia.

El canciller ha presentado una visión federal "a la alemana" del futuro de Europa que concede el poder presupuestario al Parlamento de Estrasburgo y transforma la Comisión en gobierno europeo. El Consejo de Ministros, al que se elevan hoy todas las decisiones, sería relegado al rango de segunda Cámara representante de los Estados. El canciller, sin embargo, no desea que Europa se dote de un superestado federal, y, desde luego, no sugiere la idea de incrementar el presupuesto comunitario. Al contrario, para satisfacer a Baviera, desea una renacionalización de las ayudas

agrícolas y regionales, contrariamente a lo que desean los franceses.

En Francia, nadie ha creído que se deba responder al proyecto de Schröder. Se trata de un silencio aterrador, que subraya hasta qué punto ha llegado a ser el principal freno a la evolución europea, después de haber llevado la iniciativa durante cuarenta años. El pseudo debate organizado por el ministro de asuntos europeos, quien desea que las ideas de la sociedad civil suban a París a través de las prefecturas, es irreal, y no puede hacer otra cosa que fracasar. Pierre Moscovice, ¿es sólo el instrumento del primer ministro? En cualquier caso, aparece como aquel que entierra el debate y que impide que Francia encuentre su puesto de iniciador. El concepto de federación de Estados-nación que se defiende tanto en el gobierno como en la Presidencia de la República (*qu'à l'Elysée*), debe ser también abandonado. Lleva su contradicción en los términos y no ha servido más que para ocultar los verdaderos problemas. Francia, ¿quiere proseguir la integración europea? ¿En qué terreno? ¿y por qué?

El canciller ha desvelado un tabú, llevando el debate donde debe situarse: sobre el federalismo. Son los federalistas franceses, en la UDF y en el PS, los que deben salir de su mutismo—incluso en el caso de que el tema presente riesgos electorales— y los que deben exponer sus argumentos. Francia tiene sus razones para desear una Europa federal, para pesar frente a Estados Unidos y para defender, a ese nivel, su modelo social. Esa Europa se llama "Europa potencia". Una gran mayoría de los franceses la desean.

Han sido numerosos los países de mediano tamaño que se han felicitado de los resultados de la cumbre de Niza, cuando se le calificó de fracaso en Francia. Se trata de una divergencia grave, puesto que su bintiende que esos países, sobre todo los países escandinavos, se satisfacen con un statu quo. Se niegan a ir más lejos hacia la construcción de una "Europa potencia". Se contentan con un gran mercado, necesario para las empresas, y la moneda común no es para ellos una etapa hacia una integración política, sino un fin. Sueñan en una gran Suiza.

El debate ha sido lanzado por Alemania sobre los aspectos institucionales. Francia debe responder situando el debate en los temas de fondo.

Jospin ante la propuesta de Schröder

(*Financial Times* de 9 de mayo. Editorial)

La idea del canciller alemán de hacer de la Unión Europea una estructura más federal es anatema para la mayoría de los dirigentes franceses, incluido Lionel Jospin. Ahora bien, el caso es que ha sido la estrecha relación que ha existido entre Francia y Alemania la que ha llevado adelante la integración europea durante más de 40 años.

Un claro repudio del modelo de Schröder pondría de manifiesto que el motor se ha averiado gravemente. He ahí por qué Jospin ha decidido guardar silencio.

Francia ha utilizado sus buenas relaciones con Alemania para magnificar su influencia y para modelar la UE en provecho propio. El sistema intergubernamental le ha ido muy bien. Pero resulta que ahora contempla la reestructuración de la Unión a imagen y semejanza de Alemania, con un Parlamento europeo fuerte, una Cámara de los Estados y una más clara división de poderes entre los mecanismos de gobierno.

Esto es contrario al pensamiento tradicional francés, el cual ve la entera vinculación de los gobiernos nacionales como la mejor fuente de legitimidad democrática y el Estado como la principal estructura para la articulación de intereses políticos y económicos.

Para empeorar las cosas, Schröder ha sugerido que la política común agraria, que ha beneficiado grandemente a Francia, podría ser renacionalizada. Esto supondría poner fin a la deferencia alemana en favor de los intereses franceses.

Jospin es tibio por lo que se refiere a una mayor integración europea. Sus consocios de la coalición de izquierdas son más escépticos, especialmente a propósito de lo que consideran la inclinación neoliberal de la Unión. Esto hace tanto más difícil al primer ministro la formación de un consenso.

Jospin también está sometido a las limitaciones que le impone la cohabitación. Europa es por principio territorio del Presidente Jacques Chirac. Si Jospin se manifiesta, el presidente puede repudiarlo. Sin embargo, el primer ministro es responsable del cumplimiento de las normas de UE que afectan a la política interior. Esto le confiere sin duda autoridad para participar en el debate sobre el futuro de la Unión Europea. Jospin debería utilizar el Partido Socialista para desarrollar su pensamiento. Al fin y al cabo, necesitará definir un modelo Jospin que pueda presentar como candidato a la Presidencia.

Cuanto más espere Jospin más probablemente habrá otros que le señalen el camino, y menos suyo será éste. Existe un creciente recelo ante la falta de credibilidad de la Unión. Y la élite francesa está cada día más nerviosa ante la ampliación de la UE, que podría diluir todavía más la influencia francesa. Es ya la hora de que Jospin diga cómo cree que una UE de 27 o más países pueda ser gobernada eficaz y democráticamente.

Europa recorta los tipos de interés

(*Financial Times* de 11 de mayo. Editorial)

Al decir "no, no, no, ...sí", el Banco Central Europeo ha perdido una parte del crédito que merece por hacer lo correcto. Su reducción, en un cuarto de punto, ayer, de los tipos de interés, cogió a los mercados por sorpresa. Y con razón. Hasta hace poco, todas las señales de la junta de gobierno del BCE indicaban que resistiría los consejos del Fondo Monetario Internacional, de la OCDE y de los ministros de Hacienda en el sentido de que recortara los tipos de interés.

No hace aún una semana, Ernst Welteke, presi-

dente del Bundesbank alemán, señalaba que no habría recesión en la zona euro y que el BCE encontraría difícil mantener la media de la inflación por debajo del objetivo del 2 por 100 este año. El pasado mes, Welteke subrayaba la diferencia entre el mandato del BCE y el de la Reserva Federal de Estados Unidos, que intenta promover el crecimiento económico al mismo tiempo que controla la inflación.

Desde entonces, las presiones inflacionistas de la zona euro han cedido y el crecimiento de la masa monetaria (*broad money*) se ha ralentizado. Como hizo notar recientemente Otmar Issing, el economista-jefe del BCE, los mayores efectos de los más altos precios del petróleo y de la depreciación del euro deberían disminuir.

Mientras tanto, la aguda desaceleración de la economía de Estados Unidos está afectando la confianza y la producción en Europa, aunque la demanda de los consumidores siga resistiendo. Las exportaciones se han visto afectadas y recientes indicadores sugieren que el crecimiento puede disminuir a sólo un 2,2 por 100 en el segundo trimestre de este año.

Por consiguiente, el BCE ha respondido correctamente a los datos más recientes. Y alguna precaución era comprensible, dada la ansiedad de establecer una reputación de "moneda sólida" para el euro y su estimación que los tipos de interés a corto plazo reales son bajos comparados con la media de las pasadas dos décadas.

Pero, al igual que en 1999, el banco, según todas las apariencias, ha sentido la presión exterior. Esto ha creado alguna confusión en los mercados: el euro reaccionó al recorte con una caída que alcanzó el punto más bajo en tres semanas. Nada grave ocurrirá, especialmente si los mercados aceptan la declaración del BCE que apareció en su último boletín mensual y según la cual su política "ha promovido el crecimiento económico y el empleo y seguirá haciéndolo". Sea como fuere, el BCE tiene que mejorar sus formas de actuar.

Por el contrario, el recorte de un cuarto de punto, ayer, del Banco de Inglaterra estuvo bien indicado, pudiendo ser descontado por los mercados.

Es probable que se produzca ahora una pausa en la actuación de los dos. Ahora bien, si la economía de Estados Unidos muestra más señales de caída, aquellos dos bancos deberán recortar nuevamente.

Los tipos de cambio y el crecimiento

(*Le Monde* de 12 de mayo. Editorial)

No cabe más que felicitarse por la reducción en un cuarto de punto de los tipos decidida por el Banco Central Europeo el jueves, 10 de mayo. Un dinero menos caro va a sostener la economía de los doce países de la zona euro en un momento en que se muestra débil, en especial bajo el impacto del enfriamiento norteamericano. Debe desearse ahora que el BCE prosiga

su actuación y no tarde en rebajar un nuevo cuarto de punto el precio del dinero. Los signos de la coyuntura europea son, desde luego, inciertos y en ningún modo alarmantes, pero, en conjunto, las tendencias negativas siguen siendo demasiado fuertes, por lo que una nueva iniciativa monetaria sería útil a partir de junio.

¿Sabrá hacerlo el Banco de Francfort? La lección que se puede sacar de su decisión del jueves no conduce al optimismo. El BCE ha sorprendido a todo el mundo. "Nuestra política no pretende sorprender a los mercados", decía Wim Duisenberg, su presidente, añadiendo: "pero a veces es inevitable". Ese tipo de actuaciones, ¿está destinado a aproximarse al modelo de Alan Greenspan, su homólogo norteamericano, que cultiva las explicaciones incomprensibles? "Si quieren comprender lo que yo quiero decirles, se equivocan", dijo en una ocasión Greenspan. En cualquier caso, el BCE ha conseguido lo que pretendía: ha llegado a ser imprevisible. Pero en el mal sentido.

A pesar de las presiones de los gobiernos europeos, americanos, así como del FMI, el BCE se negaba hasta ahora a rebajar sus tipos, como lo negó por última vez hace dos semanas, cuando explicó que la inflación, provocada por el alza del petróleo en 2000, seguía amenazante. A pesar de las mejoras observadas, los riesgos "no han desaparecido" —decía el Banco— añadiendo que "el crecimiento económico en la zona euro debía seguir robusto". Europa, dotada con sus propios motores de crecimiento, estaba protegida.

Después de dos semanas, no se han publicado índices decisivos, y es por esto por lo que los mercados han sido sorprendidos. Sobre la inflación, Duisenberg ha indicado que los riesgos "han disminuido un poco", sin mayor precisión. La única novedad ha venido de Alemania, de donde se ha sabido, la víspera de la reunión del BCE, que la producción industrial había disminuido un 3 por 100 en marzo. El crecimiento podría ser negativo el segundo trimestre al norte del Rin. Berlín ha echo saber inmediatamente que no hay que temer una recesión: la economía, a lo largo del año, debería crecer un 2 por 100. Pero la actuación repentina del Banco ha sembrado la duda. "¿Qué sabe el Banco que no sabemos nosotros?", se interrogan los analistas, recelosos.

Son sin duda las tristes perspectivas germánicas las que han hecho inclinar la delicada mayoría en el Consejo para, en fin, dar prioridad a la preocupación por el crecimiento antes que a la inflación. Está lejos de ser un mal. Al contrario. Hay que felicitarle por ello. Pero el gesto es tardío y todavía insuficiente. De repente, el BCE perturba los mercados, a riesgo de verlos reaccionar exageradamente por el temor de una recesión que no tiene por qué producirse.

Eurocrisis

(Financial Times de 24 de mayo. Editorial)

¿Menor crecimiento o mayor inflación? ¿Cuál de estas situaciones ofrece más peligro? Después de confusas señales, en las semanas más recientes, el Banco Central Europeo dejó ayer a los mercados sin res-

puesta, al mantener su tipo de interés en el 4,5 por 100, sin variar. Antes de su reducción de un cuarto de punto el 10 de mayo, el BCE parecía pensar que lo prioritario era el control de la inflación. Pero ese recorte —aunque en parte justificado por un menor crecimiento monetario— parecía mostrar que lo que más preocupaba era la desaceleración de la economía.

A partir de entonces, ambos indicadores han parecido peores. Esta semana, el índice empresarial del Ifo bajó a 92,5, el menor desde mayo de 1999, al tiempo que los datos sobre producción en el primer trimestre mostraban un crecimiento más lento, situándolo en una tasa anual del 2 por 100, frente a un 2,6 por 100 del anterior trimestre. También en Francia se ha producido una caída del mercado. En respuesta a los fríos vientos económicos de Estados Unidos, la inflación ha retrocedido en aquellos dos países, y los consumidores están empezando a guardar su dinero en el bolsillo.

Paralelamente, datos regionales señalan que la inflación en Alemania ha subido a alrededor del 3 por 100. En el conjunto de la zona euro la tasa de inflación ha llegado al 2,9 por 100, muy por encima del objetivo del 2 por 100.

Esta desgraciada combinación es sólo una sombra de la *stagflation* de los años 70, cuando una subida de los precios del petróleo incrementó la inflación hasta más del 13 por 100 mientras el crecimiento se desaceleraba. Pero el paralelismo no se sostiene. Con más del 8 por 100 de la fuerza laboral de la zona euro todavía en paro, debería haber un amplio espacio para un crecimiento no inflacionista. Pero a pesar de una celebrada recuperación en Francia a partir de 1998, el comportamiento económico de la zona ha sido frustrante, como lo demuestra la continua debilidad del euro.

En su reciente informe sobre Alemania, la OCDE estimaba que el potencial de crecimiento subyacente era sólo del 2 por 100 anual, muy lejos del de Estados Unidos. Mientras Europa no se libere de las limitaciones que resultan de las excesivas regulaciones y otros obstáculos a la libertad de mercado, la capacidad de la política monetaria para estimular la demanda será insuficiente.

Pero aún así, se espera que el crecimiento más lento y unos precios del petróleo más estables reduzcan la presión sobre la inflación, aunque siga existiendo la posibilidad de que continúe descendiendo la confianza y la producción. El BCE debería, por consiguiente, estar preparado para ceder, y debe contemplar la inflación esperada, más que la real. Y dado que las incertidumbres del mercado pueden contribuir a la inflación haciendo que el euro siga débil, debe mostrar con mayor claridad cómo contempla la combinación de un crecimiento débil con unos precios al alza.

¿Stagflation? El caso de Holanda

(Christopher Rhoads, en WSJE de 21 de mayo)

La inflación de Eurolandia de halla en su nivel má-

ximo de los últimos cinco meses, y el crecimiento se ralentiza, posiblemente en más de un punto y medio porcentual desde el año pasado.

Estas tendencias preocupantes han llevado a algunos economistas, por primera vez desde hace tiempo, a mencionar la temible palabra: *Stagflation*. Definida ésta como un prolongado período de bajo crecimiento y de elevada inflación, la estagflación fue una realidad en los años 1970 durante la crisis de la energía en Estados Unidos.

La mayoría de los expertos cree que es demasiado temprano para preocuparse por la totalidad de la zona euro, pero para uno de sus miembros, Holanda, los hechos son muy reales. Datos recientes sobre este país permiten pensar que la brillante situación de Holanda en años recientes –en lo que se llamó el “milagro holandés”– ha terminado.

El crecimiento holandés del primer trimestre del año, desvelado el viernes, fue sólo del 0,1 por 100, mucho menor de lo esperado. La tasa de inflación, mientras tanto, alcanzó en abril el 5,3 por 100, la más alta del área euro y la peor que ha soportado Holanda desde la crisis económica que vivió a principios de los ochenta.

En diciembre, la inflación fue sólo del 2,9 por 100, pero ya entonces algún economista destacado anunció que “el país está entrando en una fase de estagflación”.

Por otra parte, y para empeorar las cosas, es poco probable que los males de Holanda pesen en las decisiones del Banco Central Europeo, independientemente de que el presidente de éste sea Wim Duisenberg, quien durante unos años fue gobernador del banco central holandés. Pero resulta que Holanda representa sólo una pequeña fracción (el 6,1 por 100) de la economía de la zona, poca cosa al lado de las mayores proporciones de Italia, Francia y, por supuesto, Alemania. Pero es que incluso en el caso de que Holanda tuviera en sus manos la posibilidad de controlar su política monetaria, no está nada claro qué es lo que podría hacer. Una subida de los tipos de interés para contener la inflación perjudica al crecimiento; una reducción de los tipos estimula la inflación.

Los factores que oscurecen las perspectivas económicas de Holanda incluyen algunos de los que se consideraron méritos o ventajas hasta hace poco. Tal es, por ejemplo, la insignificancia del paro (2 por 100 hasta abril), que origina presiones salariales que empujan para arriba la inflación.

¿Son las señales de estagflación en Holanda una réplica de lo que podría ocurrir en el resto de la zona euro? Se espera que el crecimiento se reduzca en todos los países de la zona este año, excepto, posiblemente, en Grecia. Poco bueno se puede esperar de la inflación, que, además de Holanda, puede afectar también a Alemania, Portugal y Grecia.

Carlo Monticelli, que codirige la división de estudios de la euroárea en el Deutsche Bank, dice que la estagflación en la región es “un riesgo que no se puede

descartar” para el primer trimestre del próximo año. Los que lo descartan dicen que una mayor inflación, hasta el momento, es resultado de varios factores de otros tiempos que deberían desaparecer, como la crisis del ganado y lo más altos precios del petróleo.

Pero el mismo Monticelli señala que esos factores están ejerciendo un amplio impacto en los bienes de consumo. Los precios de los muebles crecen a un ritmo del 2,1 por 100; los precios de las lavanderías lo hacen en un 1,6 por 100, y lo mismo le ocurre a la cerveza (+2,3 por 100). Todos esos precios se habían mantenido estables hasta el año pasado.

El recorte fiscal de Bush refleja una tendencia global

(Reginald Dale, en *Herald Tribune* de 5 de junio)

La reducción fiscal de 1,35 billones de dólares llevada a cabo por iniciativa del presidente Bush ha sido objeto de tantas y tan severas críticas que muchos norteamericanos deben ser perdonados si piensan que se trata de una actuación aislada de la derecha insensata, sin paralelo en el resto de mundo.

Nada más alejado de la verdad. Cualesquiera que sean los méritos o las limitaciones de dicha medida, ésta es parte de un amplio movimiento dirigido a rebajar impuestos, movimiento que se ha extendido a lo largo y ancho del mundo industrial en los años recientes.

Según la OCDE, durante la pasada década, “los dos impuestos que más afectan a los individuos y a las empresas”, el de la renta de las personas físicas y el de sociedades, han sido reducidos en casi todos los países desarrollados, frecuentemente en importes considerables.

Las razones son casi siempre las mismas. En la medida en que la globalización ha intensificado las presiones competitivas, virtualmente todos los gobiernos, incluidos los de centro-izquierda de Europa, han comprendido que “los impuestos elevados distorsionan la actividad económica, llevando a unas economías menos competitivas y menos dinámicas”, según las palabras de la propia OCDE.

Al mismo tiempo, los recortes fiscales han encontrado más facilidades. Muchos países han conseguido superávit presupuestarios, en parte gracias al fuerte crecimiento económico. Muchos de ellos han aumentado también sus rentas ensanchando sus bases impositivas y eliminando desgravaciones y privilegios.

Muchos gobiernos han reducido exenciones fiscales a viejas industrias como la del carbón y las pesadas, y han reestructurado los sistemas fiscales para estimular la capacidad de iniciativa y la nueva economía.

En el curso del proceso que ha conducido a la situación presente, algunos estereotipos han resultado barridos, aunque todavía persistan algunos en la imaginación popular. Suecia, por ejemplo, prestó un servi-

cio público al suministrar al mundo cuentos de terror sobre las consecuencias de un gravamen excesivo.

En un momento dado, la autora de historietas infantiles Astrid Lindgren, protestó porque su renta estaba siendo grabada con un tipo marginal de más del 100 por 100. El director cinematográfico Ingmar Bergman abandonó Suecia por haber sido humillado por inspectores fiscales que le interrogaron durante un ensayo en Estocolmo.

Hoy, Suecia tiene unos tipos superiores del impuesto sobre la renta más bajos que los de Estados Unidos, tipos que seguirán por debajo de los de Norteamérica incluso después de que se aplique la rebaja de Bush. Lo mismo es cierto en el caso de los dos vecinos de Suecia de gobierno izquierdista, Dinamarca y Noruega.

“Hemos visto el fin de sistemas fiscales muy progresivos, con tipos superiores de más del 80 por 100, que no conseguían sus objetivos”, decía un alto cargo de la OCDE. Lo mismo puede decirse, muchas veces, del impuesto sobre sociedades.

El impuesto sobre sociedades de Estados Unidos, que Bush no ha recortado aún, figura entre los más elevados del mundo industrial. Según un estudio realizado por una firma contable internacional, el tipo medio efectivo del impuesto sobre sociedades en Europa occidental es del 33 por 100, que debe compararse con el 40 por 100 del Estados Unidos si se suman los gravámenes federal y local (de los Estados). Esto, sin embargo, no hace de Estados Unidos un país muy gravado. Los ingresos fiscales totales de Norteamérica representaban sólo alrededor del 29 por 100 del PIB en 1997, frente al 45 por 100 de Francia, y frente a alrededor del 37 por 100 de Alemania. Japón estaba, en el año indicado, justo por debajo de Estados Unidos.

La principal razón de la cifra relativamente baja de Estados Unidos es que muchos países europeos recaudan sus principales ingresos no del impuesto sobre la renta, como Estados Unidos, sino del impuesto sobre el valor añadido, un impuesto indirecto sobre el consumo, el cual deja pequeño el impuesto sobre ventas de Norteamérica.

En Europa y en algunos países de Asia, los recortes de los impuestos sobre la renta personal y sobre sociedades han sido contrarrestados por unos mayores impuestos indirectos. Y los europeos pagan unas contribuciones a la seguridad social y al seguro de desempleo mucho más elevadas que los americanos.

El viejo cuadro no ha desaparecido del todo. Los países escandinavos han reducido, pero no abandonado, sus Estados del bienestar. Cuando se incluyen las contribuciones sociales, Suecia, Dinamarca y Finlandia todavía restan mucho más de la paga de los trabajadores que otros países europeos.

Una de las ventajas de una menor imposición debería ser una menor evasión. Pero los expertos de la OCDE señalan que, para conservar el apoyo político a la reforma fiscal, otros pasos serán aún necesarios para conseguir que los ricos no minimicen sus facturas

fiscales contratando asesores caros y utilizando paraísos fiscales.

Esa forma de pensar no es compartida por alguno de los partidarios conservadores del señor Bush, que temen que el próximo “paraíso fiscal” bajo sospecha será Estados Unidos. Pero la verdad es que Estados Unidos no se acerca tanto a la condición de paraíso fiscal como ellos y otros muchos parecen creer. Ni mucho menos.

La visión de Jospin de la UE

(*Financial Times* de 29 de mayo. Editorial)

Durante varios meses, Lionel Jospin ha tenido a Francia y a Europa pendientes de conocer su visión del futuro de la Unión Europea. Pero cuando el primer ministro francés, por fin, pronunció su gran discurso, ayer, se vio que la espera valía la pena. Fue, desde luego, una contribución seria a un gran debate, y merece una atención cuidadosa.

Naturalmente, fue el discurso de un socialista francés y estuvo dirigido en buena parte a una audiencia interna. Jospin presentó con él su candidatura a la presidencia de Francia, cuyo nuevo titular se ha de elegir el próximo año. Su discurso fue el de “un europeo comprometido y el de un patriota francés”. Al igual que en el caso de los líderes europeos, el primer objetivo de Jospin fue el de sus eventuales electores franceses.

Esto explica mucho de lo que le gustaría que fueran las funciones de la futura Unión Europea, incluyendo la vaga idea de un pacto social europeo, una política industrial europea y un deseo de limitar lo que él llama “ilícita (*unfair*) competencia fiscal”. También quiere un “gobierno económico de la zona euro”, con una más estrecha colaboración de las políticas económicas.

Éstas son viejas ideas francesas que no han obtenido hasta ahora el respaldo decidido de otros Estados miembros. No parece que lo vayan a recibir ahora.

Más importante es la defensa de hace de la idea de “una federación de Estados-nación” como futuro modelo para la UE, conservando deliberadamente la ambigüedad inherente en su presente estructura. Se trata de una ambigüedad constructiva. El primer ministro francés quiere tener las dos cosas: unas instituciones europeas integradas y unos Estados-nación soberanos, idea que comparte con Tony Blair, con Joschka Fischer, el ministro alemán de asuntos exteriores y con Jacques Chirac, su propio presidente.

El Consejo Europeo (de jefes del gobierno) y el Consejo de ministros siguen estando en el centro de su visión constitucional. Pero desea, sí, un papel democrático más fuerte para el Parlamento europeo. Sugiere que el grupo mayoritario después de las elecciones debería designar al presidente de la Comisión Europea. El Consejo, por su parte, tendría el poder de disolver el Parlamento, con lo que se restringirían los posibles abusos y frivolidades de la autoridad parlamentaria.

Todas esas ideas, y otras, como la necesidad de una Constitución europea y de una segunda cámara parlamentaria, deberán ser debatidas largo y tendido entre el presente y 2004, fecha límite de la próxima reforma de la UE. Cualquier cambio será inevitablemente un compromiso y deberá ser aprobado unánimemente. Lo esencial es que la UE sea más responsable, más democrática y más eficaz, incluso cuando su composición se doble con la ampliación. He ahí un programa ambicioso.

La Europa de Jospin

(*Le Monde* de 29 de mayo. Editorial)

Lionel Jospin sitúa, con razón, el debate sobre el porvenir de Europa en el fondo: ¿Cuál es el objetivo final? ¿Qué Europa política desean los europeos? Habiendo tardado demasiado en dar su concepción de la construcción europea, se sospechó, como mínimo, que el primer ministro era un europeo frío con la tradición voluntarista de los socialistas, desde hace cuarenta años. Su respuesta, pues, era muy esperada.

Tal respuesta suscitará muchas preguntas y mucha oposición, pero disipa claramente dicha sospecha: Lionel Jospin se declara europeo convencido. "Europa es, ante todo, un proyecto político, un contenido, antes de ser un continente". Es una respuesta a las proposiciones, sobre todo alemanas, que ponen el acento sobre la necesaria transformación institucional de la Unión, o, dicho de otro modo, sobre la distribución de los poderes entre tres polos: la Comisión, el Parlamento de Estrasburgo y los gobiernos.

Europa es "una obra del espíritu, un modelo de sociedad, una visión del mundo", dice Jospin. En otros términos, es una ambición política antes que una estructura institucional: ambición por una Europa "fuerte" que debe contribuir a la "regulación de la mundialización, que debe también conservar su modelo equilibrado de desarrollo económico y social, dispuesta a soportar la carga de su defensa". Muchas de estas proposiciones son ya conocidas, como "el gobierno económico de la zona euro", la armonización fiscal, el tratado social europeo. Otro capítulo político importante: la clarificación de las competencias respectivas de la Unión y de los Estados. Jospin tiene razón cuando dice que los tratados han llegado a ser "indescifrables al compás del amontonamiento de las políticas comunes". Jospin precisa su concepción de la "subsidiariedad", situando al nivel europeo la definición de "principios" o de "objetivos", dejando a los Estados o a las regiones "la puesta en práctica política y técnica". Las proposiciones institucionales van en el mismo sentido, el de un fortalecimiento político de la Unión: el presidente de la Comisión gobernaría en función de un "programa de legislatura"; el Parlamento debatiría las grandes directrices. Para diseñar un compromiso entre los federalistas, sobre todo alemanes, y los nacionalistas, sobre todo los británicos, Jospin defiende la noción de federación de los Estados-nación, concepto inventado por Jacques Delors, adoptado por Jacques Chirac.

Tal "visión" parecerá, sin duda, demasiado "francesa" a algunos de nuestros consocios. Pero la misma contempla el déficit democrático y social que sufre la Unión, expresado por el escepticismo de las opiniones, e incluso de los responsables. Jospin remite la polémica al puesto de mando proponiendo un proyecto de sociedad para Europa que subraye la diferencia respecto de la otra potencia, Estados Unidos. Pueden discutirse las conclusiones de Jospin pero su intervención no puede dejar de ser aprobada.

El futuro de la UE: sueños y discordia

(*The Economist* de 2 de junio. Editorial)

Uno tras otro, dan un paso al frente. Son los que podrían llamarse forjadores de la nueva Europa. Esta semana le tocó a Lionel Jospin, el primer ministro de Francia, y a Romano Prodi, el presidente de la Comisión Europea. Prodi dijo querer "un gobierno auténticamente económico que hiciera posible que la moneda única funcionara mejor". También sugirió que la UE elaborara su presupuesto con una imposición directa.

¿Concepciones radicales? Tal vez sí, tal vez no. Examinadas con atención, muchas de las ideas de Prodi son oscuras. ¿Qué haría, exactamente, ese "gobierno económico", y con qué poderes? Tan poco claros son los detalles de su "impuesto europeo en lugar del sistema actual de contribuciones nacionales". Más decepcionante es todavía lo que dijo en el sentido de que tal impuesto está todavía "por definir". Desde luego. Y la definición será crucial, como lo sería la determinación del tipo de gravamen.

El discurso de Jospin fue más madurado y preciso, pero también ofreció el peligro de las grandes frases. El primer ministro francés propuso una "federación de Estados-nación", contrastando su visión con lo que dijo eran ideas alemanas sobre "federación". Intentando precisar el significado de todo ello, numerosos fueron los que interpretaron que Alemania y Francia están fundamentalmente divididos sobre el futuro de Europa: los alemanes son más integracionistas, mientras que los franceses se mantienen constantes en la preservación de *la patrie*.

Palabras. Primero, la distinción entre una "federación", y una "federación de Estados-nación" no tiene sentido. Segundo, la visión europea de Jospin es de algún modo más integracionista que el "plan Schroeder" puesto recientemente en circulación por los socialdemócratas alemanes. Los alemanes excitaron a los euroescépticos al hablar de la necesidad de un "ejecutivo fuerte para Europa". Pero también sugirieron que, aunque algunos poderes deberían emanar de Bruselas, otros —especialmente la política agrícola y la ayuda regional— deberían ser repatriados. Por el contrario, Jospin ve que el poder camina sólo en una dirección: hacia Bruselas. Jospin quiere una imposición paneuropea y políticas sociales. Jospin parece incluso sugerir que todas las decisiones deberían conseguirse a través del voto mayoritario: una abolición de los votos nacionales que sería sin duda radicalmente integracionista, en efecto.

¿Dónde queda, así, el debate? La primera conclusión es que la palabra "federalismo" confunde, ahora, más que ilustra en las discusiones europeas. Para los británicos significa algo así como un temible super-Estado. Para los alemanes es una manera de describir una división de poderes racional. Para los franceses sólo parece concebible si se combina con el mitigante añadido de "Estados-nación". Mucho más útil que la utilización de tan graves palabras como "federalismo" sería concentrarse en una discusión más precisa de responsabilidades, para decidir exactamente lo que debería hacer la UE y qué deberían hacer sus miembros. Ésta es la cuestión crucial. Dado que los gobiernos nacionales todavía consiguen mucha mayor lealtad que la Unión –como lo prueban las encuestas hechas al efecto– el principio fundamental debería ser que la UE tendría que intervenir en aquellas áreas donde exista una clara justificación para la acción colectiva.

En algunas materias extraterritoriales –mercado interno, política de la competencia y comercio exterior– la UE necesita una autoridad supranacional y está actuando ya como una fuerza coherente. Pero en muchos otros temas, las responsabilidades de la UE parecen estar fuera de lugar. Tiene demasiado poder en algunas áreas y demasiado poco en otras.

¿Qué intereses comunes europeos se sirven al consagrar a los agricultores casi la mitad del gasto comunitario? ¿Y por qué es tan alegremente aceptado que la UE debe tener a su cuidado unos programas asistenciales (*welfare*) y unas políticas del empleo en vez de dejar que estas cuestiones sean decididas por las preferencias nacionales, expresadas democráticamente? Por el contrario, asilo, inmigración y delincuencia organizada estarían probablemente mejor con una acción en común.

Las palabras de Jospin sobre la ampliación de las funciones de la UE a estas últimas materias parecen prometedoras. Pero en otros campos Jospin parece en exceso ambicioso. Europa no tiene ninguna necesidad de una *single corporation tax*, como tampoco la tiene de unos únicos *social standards*, aunque puedan convenir a Francia, la cual estaría entonces en condiciones de eliminar las ventajas competitivas de otros países de la UE que se hallan menos regulados y gravados. Como el viejo sabio Otto von Bismark dijo en cierta ocasión: "He encontrado siempre gentes que exige en nombre de Europa aquello que se atreven a pedir por su mismos".

Europa en *The New York Times*

(*The New York Times* – *Herald Tribune* de 8 de junio. Editorial)

La integración europea ha sido uno de los grandes éxitos del último medio siglo, al conseguir la unión de países históricamente hostiles. La aproximación concertada de Francia y Alemania resultó esencial para esa integración. Pero ahora, cuando la unión de 15 miembros está considerando la admisión de miembros de centro y del este europeo y el fortalecimiento de la

unión política que refleja su interdependencia económica, Francia y Alemania no actúan al unísono. Por el contrario, uno y otro país presentan puntos de vista distintos sobre el curso futuro de la integración europea. Uno de los retos de los próximos años será asegurar que las diferencias que puedan existir entre los dos países citados no lleven a una situación de parálisis.

Alemania quiere transferir la adopción de decisiones de los gobiernos nacionales a una federación europea, y ha pedido una nueva convención constitucional. El gobierno del canciller Gerhard Schroeder se muestra partidario de la creación de un poder ejecutivo europeo más responsable y de un Parlamento más poderoso. Como mayor economía europea, con una población un tercio mayor que la de Francia, Alemania se ve acusada por algunos de querer reforzar la federación europea para acentuar su influencia.

Lionel Jospin, primer ministro de Francia, ha rechazado esa visión germana de la Europa del futuro. "Quiero a Europa, pero sigo unido a mi país", dijo Jospin, diseñando un plan para una Unión cuyos primeros constituyentes seguirían siendo los gobiernos nacionales, en vez de los ciudadanos europeos en general. También Gran Bretaña prefiere ese modelo "intergubernamental", aunque no comparte la ambiciosa lista de funciones de Francia.

Se espera que la UE admita hasta 12 nuevos miembros en la próxima década, con un primer grupo en 2004, y que adopte para entonces una decisión sobre cómo reformar las instituciones. Se puede suponer que las diferencias entre Francia y Alemania aumentarán a medida que el debate constitucional se intensifique.

Desde el fin de la Guerra Fría, Francia ha estado preocupada por su menor papel en los asuntos mundiales y por el desplazamiento del centro de gravedad de Europa. La reunificación de Alemania acabó con la aproximada paridad de la población de los dos países. La admisión de Polonia, la República Checa y otros países situará a Berlín en el corazón de Europa.

Al mismo tiempo, una Alemania más emprendedora –dirigida ahora por una generación que alcanzó la mayoría de edad después de la guerra– no siente ya la obligación moral que sintieron Konrad Adenauer y Helmut Kohl de actuar sólo coordinadamente con Francia. Así, está más dispuesta a disentir en problemas tales como la política agrícola común de la UE, de la que tanto se han aprovechado los agricultores franceses.

El reto para los dos países, así como para el resto de Europa, es evitar que esta nueva dinámica de las diferencias entre Francia y Alemania lleve a obstaculizar una mayor integración de Europa.

Euroconfusión

(*Le Monde* de 10–11 de junio. Editorial)

En inglés, *The Nice Treaty* significa el Tratado de Niza, pero también el buen tratado. Este slogan invo-

luntario no ha bastado para convencer a los irlandeses. Llamados a ratificar por referéndum el texto laboriosamente elaborado en diciembre de 2000 por los dirigentes de la Unión Europea, los irlandeses se han abstenido masivamente (32 por 100 de participación), y de los que han participado, han votado "no" un 54 por 100.

Este rechazo trae a la memoria el mal recuerdo del "no" danés en el referéndum sobre el tratado de Maastricht, en 1992. La duda se apoderó entonces de los europeos, tras lo cual los mercados financieros desencadenaron una especulación sobre las monedas, haciendo estallar el sistema monetario europeo. Esta vez, la existencia del euro evitará que las monedas europeas sean desestabilizadas por el "yoyo" de los tipos de cambio, incluso si el curso ya débil de la moneda única amenace con deprimirse por la incertidumbre que crea el rechazo irlandés.

¿A qué se debe, pues, esta reacción de uno los pueblos más favorables a la construcción europea? En primer término, los dirigentes irlandeses se habían situado, durante toda la preparación de la cumbre de Niza, entre los más virulentos de los creían que la misma ponía en peligro, a su juicio, los derechos de los pequeños países. Según parece, tres han sido las cuestiones que han movilizado a los oponentes: la implicación de Irlanda en la política de defensa europea, los proyectos de armonización fiscal a nivel europeo y

la pérdida previsible de fuertes subvenciones que Irlanda recibía de Europa, toda vez que dicho país ha accedido a la categoría de país rico gracias a diez años de notable crecimiento. El problema es que ninguno de estos tres puntos es abordado por el tratado de Niza. Contrariamente a lo ocurrido en 1992 con Dinamarca, no se pueden proponer las modificaciones del tratado que permitieran que Irlanda organizara en breve un nuevo referéndum que desbloqueara la situación.

La Europa de hoy está hecha de tal modo que al anunciarse el resultado del referéndum irlandés se han expresado las más vivas inquietudes lejos de Irlanda, en los países de la Europa del este que esperan con impaciencia su acceso a la UE, toda vez que, por mal hecho que esté, según opinión general, el tratado de Niza, éste hacía posible la admisión de nuevos miembros desde 2004. El rechazo irlandés complica, pues, la vida de los dirigentes europeos. ¿Pueden éstos sorprenderse, sinceramente, por ello? El tratado ha sido denunciado por fervientes europeístas. La Europa que hace el mismo posible no será tal vez paralizada, pero sí retrasada.

La alerta irlandesa obliga a plantearse de otro modo la situación. El proyecto de Europa es claro y fuerte, pero no se encarna. Queda lejos de las opiniones. No arrastra ni convence, por la buena razón que su traducción política es cada día más confusa y débil.